

Intervención en el Seminario CEMOFPSC
Seminario Internacional: "Oriente Medio, Sociedades fragmentadas, ¿Qué futuro?"
Sr. D. Andreu Claret
Director Ejecutivo de la Fundación AnnaLindh

La fragmentación de las sociedades es un fenómeno prácticamente universal, con una trascendencia que va más allá del Medio Oriente. En ese sentido, quisiera empezar con una consideración más general sobre este fenómeno, pues me parece que en el enunciado de esta conferencia se le atribuye una connotación inevitablemente negativa y, en algunos casos, la "fragmentación" es vista como el origen de todas las carencias del orden internacional.

La tendencia a la fragmentación ha adquirido una dimensión casi planetaria tras la caída del muro de Berlín y el fin del mundo bipolar que surgió de la II Guerra Mundial. Hoy es un hecho no sólo en África, donde las fronteras heredadas de la Conferencia de Berlín siempre han sido muy relativas, sino también en Europa, donde el fin del dominio soviético sobre los países del Este provocó un estallido identitario que redibujó el mapa de la Europa central, balcánica y báltica.

La "fragmentación" es el resultado de dinámicas complejas, que tienen hondas raíces históricas y que deben ser examinadas de una manera concreta para evitar amalgamas ideológicas que podrían conducir a cierta nostalgia del mundo encorsetado que existía antes de la caída del muro. Redibujar el mapa de las naciones ha provocado ciertamente guerras y violencia y el resurgir de nacionalismos excluyentes, pero visto desde una perspectiva global, el mundo de hoy es ciertamente más complejo y quizás más inestable, pero también más libre y más democrático.

La cuestión no es, pues, dilucidar si la "fragmentación" tiene de por sí consecuencias positivas o negativas, sino ver hasta qué punto esta mayor complejidad cultural y nacional es compatible con la libertad y la cohesión social. Si permite vivir juntos a sus protagonistas.

En cualquier caso, es cierto que las identidades culturales, étnicas y religiosas han pasado a ocupar un protagonismo del que carecían en el contexto bipolar anterior. Y es aun más cierto que este surgimiento de las identidades como motor de la historia (desplazando ideologías convencionales e intereses sociales más tradicionales) es particularmente relevante en el Próximo Oriente.

De cada diez citas que ha suscitado el célebre libro de Samuel Huntington ("The clash of Civilizations") nueve se refieren al Próximo Oriente. En esta región que tiene el Mediterráneo como eje, es donde se produce hoy la fractura cultural de más calado en todo el mundo. La que yuxtapone Occidente a las sociedades arabo-musulmanas. Y sin embargo, incluso en el Mediterráneo, los problemas y los conflictos de esta región no pueden explicarse (y aun menos resolverse) desde una perspectiva culturalista que soslaye las demás fracturas que cruzan el *Mare Nostrum* (sociales, históricas, económicas y políticas).

El mundo de hoy no se puede explicar sin atender a la dimensión cultural, civilizatoria de la mayoría de los procesos y las tensiones, pero no puede explicarse sólo a través del paradigma de las identidades o de las religiones. Algunos analistas que vaticinaron el fin de la historia se precipitaron. El mundo sigue siendo político. La historia no ha hecho más que empezar. Si algo

tiene de interesante la crisis financiera y económica planetaria que padecemos es que nos lo ha recordado.

Esta interrelación entre lo cultural y lo político es particularmente relevante para explicar cuanto sucede en el mundo árabe, donde la condición musulmana de la mayoría de su población ha pasado a ocupar un primer plano, con una creciente manifestación de expresiones colectivas del islam en el espacio público, y con la generalización del islamismo político (con formas muy diversas) como principal espacio de crítica a los regímenes vigentes y, a veces, como la expresión más articulada de una posible alternativa a estos regímenes. Las causas de esta islamización privada y pública son complejas y, una vez más, no pueden interpretarse exclusivamente desde un prisma cultural o religioso. Tienen que ver con la incapacidad de las ideologías tradicionales para responder a las necesidades de la población de la mayoría de los países árabes y para abrir perspectivas de cambio. También tienen que ver con la nueva polarización que ha vivido el mundo tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y con la consiguiente respuesta que estos atentados suscitaron de parte de la Administración Bush, muy influida por las ideas de Huntington. Una respuesta que fue recibida como tal por la calle árabe, esto es, como la expresión de una visión dual en las relaciones internacionales de carácter civilizatorio y con resonancias históricas bien conocidas.

En el Próximo Oriente, esta lógica dualizadora ha encontrado un terreno fértil en un contexto geopolítico donde lo local y lo regional se interrelacionan de modo permanente, creando situaciones de extrema complejidad, por el número de actores que intervienen en ellas, de gran volatilidad, y con una capacidad excepcional de afectar la agenda internacional. Se trata de una región en la que cualquier análisis que no tenga en cuenta la relación entre el todo y la parte y pretenda explicarlo todo por la identidad cultural o religiosa de los actores en liza está condenado a la inoperancia.

Gilles Kepel ha subrayado este enfoque, en un texto sobre las “fracturas del levante” en el que define Oriente Medio como un espacio de conflicto donde las interdependencias son cada vez más acusadas. Su aproximación es interesante para el tema que nos ocupa, porque pone el acento en la dimensión política de la crisis de la región y constituye una invitación a evitar los amalgamas culturalistas en boga, tan sugerentes como estériles. Las tres crisis interrelacionadas de Kepel son las que la nueva administración de Obama trata de afrontar para desarrollar una nueva política en la región basada en el multilateralismo y la inclusión: el conflicto entre israelíes y palestinos; el enfrentamiento entre Irán y los árabes (y entre chiíes y sunitas, con los hidrocarburos e Irak en el telón de fondo) y, por último, la situación cada vez más crítica que reina en la región de Afpak, con los talibanes en las puertas de Kabul y un país como Pakistán, tan importante desde el punto de vista estratégico, profundamente desestabilizado por el conflicto.

Cada uno de estos focos de crisis influye sobre los demás, a través de numerosos y potentes actores que tienen una dimensión y un arraigo local pero que también son parte del escenario regional más amplio. Esto implica que para disminuir las tensiones en la región y para evitar la tendencia a la fragmentación evidente (su última manifestación se expresa en la crisis interna palestina) hay que abordar al mismo tiempo el todo y cada una de sus partes. De tal modo que sólo avanzando en alguno de los tres escenarios se podrá llegar a una visión de conjunto más positiva, pero será difícil alcanzar soluciones justas y duraderas a ningún de los problemas de la

región (por ejemplo la relación entre israelíes y palestinos o la situación interna de Líbano) sin abrir una perspectiva que rebaje las tensiones en el conjunto. Es lo que parece haber entendido la Administración Obama al desplegar simultáneamente una triple estrategia: diálogo con Irán, reapertura del proceso de paz entre árabes e israelíes y una muy arriesgada combinación de acciones militares y políticas para Afganistán.

La solución a los problemas del Próximo Oriente está pues sometida a una doble complejidad: la del todo y las partes, por un lado, y por otra la de la inextricable relación entre lo político y lo identitario (singularmente lo religioso). En su discurso al mundo musulmán de El Cairo, Obama intentó asumir este doble círculo vicioso en el que está atrapado el futuro del Próximo Oriente. Además de referirse a los aspectos locales y regionales que determinan la solución del drama palestino, el Presidente norteamericano asumió que la manera como los musulmanes viven y practican su religión debe ser aceptada y respetada por Occidente como un elemento de identidad cultural compatible con las demás culturas y religiones y no como un factor objetivo de incompreensión y confrontación. Su larga disquisición a favor de este reconocimiento no siempre fue bien acogida por Occidente, particularmente por los adalides del discurso político europeo más secular y laicista. Imbuido de una cultura religiosa como la americana, más acendrada que la europea, Obama intentó afrontar la cuestión más difícil en el diálogo entre Occidente y el islam: la definición de un territorio mutuo, configurado por valores compartidos entre los cuales aquellos valores que pueden derivarse de las tradiciones religiosas están llamados a jugar un papel esencial.

¿Tiene posibilidades esta política? ¿Se puede gestionar la política exterior de una potencia como Estados Unidos desde la complejidad, la sutileza, articulando lo político con lo religioso, lo local con lo regional o, por el contrario, estamos condenados, por la historia y por el realismo a una simplificación, a una política de buenos y malos, esperando, claro está que ganen los nuestros? Ésta es toda la diferencia entre las dos últimas administraciones estadounidenses. No es tanto el uso o no de la fuerza (Obama la está usando en Afganistán y en la difícil persecución de Al Qaeda) como una aceptación de la complejidad de las causas, de la interrelación de los fenómenos, que requiere respuestas articuladas, multilaterales, donde lo político, lo cultural y lo militar tienen su razón de ser pero no pueden excluirse.

¿Puede esta política invertir el proceso de fragmentación al que asistimos en la región y que puede desestabilizar la mayoría de los países del área? A la vista de los procesos internos de la mayoría de los países del área, donde la resistencia al cambio es la norma, y a la vista de los fenómenos de disgregación política que se dan en Israel, en el Líbano, en Palestina y sobretodo en Irak, es difícil ser optimista. Ahora sabemos que las aproximaciones duales y las simplificaciones ideológicas (del estilo: la caída de Saddam Hussein traerá la democracia y la estabilidad a Oriente Medio) no conducen a ninguna parte. Sabemos que es necesaria otra política, pero no sabemos todavía si esta otra política es posible.

Lo único que sabemos –basta con repasar los datos de compra de armamento por todos los países de Oriente Próximo – es que si esta otra política no consigue abrirse paso en un plazo relativamente breve, la dialéctica entre el todo y las partes puede degenerar en un conflicto de dimensiones históricas.

Madrid, 10 de junio de 2009